

No. 80

OSCAR ECHEVERRY MEJIA

CUADERNILLO DE POESIA COLOMBIANA

P R E S E N T A C I O N

Por Sergio Mejía Echavarría

- I

Quien ama la belleza, ama la poesía. La llevará en el subconciente, quizás... ¡pero le ama! Muchas veces no la comprende, no quiere admitirla, pero en el fondo está presente. Tan presente, que renace con la antigua canción enamorada, los paisajes llenos de luz o las viejas y nuevas canciones que llenan el aire con su música. Y todo ello porque donde está la belleza hay un lugar para la poesía. Retazo florecido en la campiña del alma. Fluido que golpea en las venas. Imagen sin cuerpo que no abandona al hombre que en su orgullo, lleva el orgullo de amar lo espiritual.

Y eso es la poesía. Espiritualidad tangible en la emoción. Viento que recrea el alma, le llena de regocijo y recuerda al hombre que es hombre de verdad.

¿Bastará todo esto para evadir mi confesión de que amo la poesía? Podría bastar, pero no quiero evadirla. Lo confieso: amo la poesía. La amo a pesar de que, otra confesión debo hacer, no leo muchos libros de poesía. Son tan escasos los que en realidad "son". Mas, ya está dicho, la poesía está en todas partes, en muchas partes. A cada paso, por donde pulula la obra del Creador, la poesía salta inquieta como expresión de la belleza y ésta es la expresión de Dios. Muchos hablan de ella, dicen escribirla, pero casi nunca la encuentro en esa oferta que nos hacen quienes a sí mismos se llaman poetas de hoy.

Y, a propósito, he hallado una realidad: los auténticos poetas de hoy, y de siempre, no se han llamado, no se llaman "así". Su autenticidad les lleva a abandonar su nombre al juicio de quienes al amarla en sus obras, les llamarán poetas.

Bien decía Silva: "¡Poeta yo! Llámame a mí con el mismo nombre con que los hombres han llamado a Esquilo, a Homero, a Dante, a Shakespeare, a Shelley... ¡Qué profanación y qué error!".

Y todos los que "son", antes o después de Silva, han sido fieles a esta idea: no es necesario llamarse, la Poesía les llamará Poetas.

- II -

Este Oscar Echeverri Mejía es un hombre de temple. Un hombre que ha empapado su pluma en la tinta del ideal para no darle tregua un solo instante. Hace años, muchos años, empezó a frecuentarla y los años pasan

por su vera sin que nadie le detenga. Sigue siendo el mismo. El mismo de ayer y de hoy quien con su pluma va abriendo caminos de historia para la suya. Y ya pertenece a la historia, porque tantos libros como su pluma ha trazado tienen que poner al hombre así sea en una mínima página de ella.

Quien le conozca no creerá que vive en él el poeta. Oscar Echeverri Mejía va por los caminos de la vida como casi todos, sin perplejidad ni asombro. Sencillamente. Pero hay en lo más íntimo de su ser una vocación sincera, estoy tentado en llamarla salvaje, llena de fuerza y voluntad. Es la vocación del escritor que roba los mejores momentos de su vida de hombre para convivirlos con su pluma, frente a frente, y entregar a quienes quieran recibirle, la fecundidad de su propósito hecho realidad.

Nació Oscar Echeverri Mejía en Ibagué en 1918. Desde temprana edad comenzó el ejercicio de la pluma y, ya en 1942, publicó en Manizales su primer libro "Destino de la Voz". Luego han continuado la serie muchos títulos más entre los cuales vale destacar "Canciones sin Palabras" (1947), "Viaje a la Niebla" (1958), "Mar de Fondo" (1961), "España Vertebrada" (1963) y "Humo del Tiempo" (1965), sin descartar otros títulos que con extraordinaria regularidad llenan los años de su vida literaria hasta completar diez obras publicadas, dos de ellas en prosa. Es actualmente Jefe de Relaciones Públicas de la Academia Colombiana de la Lengua y constituye una de las más claras y decisivas vocaciones poéticas de la patria.

- III -

Oscar Echeverri Mejía es un poeta. Decirlo es fácil; pero serlo es difícil. Y casi nunca, cosa extraña, aquel que grita a los cuatro vientos su oficio de poeta, lo es. Paradójica la afirmación, pero casi siempre es así. Y en el caso de Echeverri Mejía él no lo dice: lo dicen sus poemas como corresponden a la discreción del hombre que deja a su obra clamar la verdad. Ella sola, basta.

Insisto. Echeverri Mejía es un poeta. Allí está esa larga lista de libros que prendidos de su pluma se han escapado dictando nombres para su historia. Nombres que dan testimonio del poeta íntegro, leal consigo mismo y con su vocación. Nombres que van escalando la misma cima del hombre-poeta para hacerle cada vez mejor, más puro en su intención, más profundo en su dimensión y más perenne en su inspiración.

Acá, en estas páginas, está un pedazo del poeta. De ese poeta que es Oscar Echeverri Mejía.

ELEGIA A LA LUNA

En el nombre de todos los amantes
alzo mi voz que nace de la tierra
—mi débil voz que ahoga la “señal” del Lunik—
porque han desflorado de un golpe, sin suspiros
la amada margarita de la luna,
Porque un pájaro exacto, sin garganta
ha volado hasta ella y se ha posado
en la rama inefable de sus mares.

(Tiembla, abajo, el amor sobrecogido.
La luna —avergonzada— violada por la ciencia,
no se mira en el agua, y el agua yace inútil).

El nombre de Cristóbal Colón, en adelante
tendremos que escribirlo en el idioma
que habla el ave terrible del espacio.
Ya no le cantarán ni el ruiseñor
ni la alondra, a la luna: solo unos artefactos
sin corazón, sin sangre caliente, le hablarán
con su voz de metal.
Y esas precisas máquinas le irán desentrañando
sus misterios, callados por los siglos,
desnudarán su cuerpo tembloroso de enigmas,
poblarán su silencio de voces militares.
Y más tarde unos hombres vestidos como monstruos
llegarán a la luna, sin endechas,
sin rubor ni canciones
y cruzarán sus mares de nombres ignorados,
y alcanzarán sus altas montañas, y sus ríos
desviarán de su curso.

Y acá abajo, en la tierra
quedarán solos los enamorados,
vagarán en la sombra sin luz para su alma
porque unos hombres raros, vestidos de escafandras,
cegarán los reflejos de la luna
con sus potentes máquinas
y le dirán en vez de versos, cifras.
Y los amantes errarán perdidos
pues no habrá claro de luna, ni suspiros,
ni besos al conjuro de su luz sideral.

En el nombre de todos los poetas
alzo mi voz que nace de la tierra
—mi débil voz que ahoga la “señal” del Lunik—
porque han manchado el rostro de la luna,
porque han llegado hasta su aéreo cuerpo

en una sorda máquina sin alma,
mientras nosotros solo la tocamos
con los dedos del sueño, con la inefable mano
del poema. Protesto contra los que han turbado
el sueño de la Eterna Durmiente del espacio.

En el nombre impotente de poetas y amantes
alzo mi débil voz contra el estruendo sordido
del cohete insensible que ha llegado a la luna
a conturbar su clara soledad de doncella,
y ha pisado la flor de su luz, y ha cegado
la fuente del ensueño y la leyenda.

En nombre del amor y de la poesía
levanto mi protesta contra el ave metálica
que ha querido opacar con la explosión del fuego
nuclear, los reflejos de la luna.
Y digo mi verdad sin matemáticas
—mi verdad que no entiende de secretos de estado—
a esos sabios, centauros de los átomos,
antes de que mi lengua inmortal no se entienda,
y les grito: Si habéis descubierto a la luna
cual nuevo continente para poblar su ámbito
de odios y de guerras y pasiones,
¿nos dejaréis al menos a poetas y amantes
un refugio en los brazos siderales de Venus?...

CRISTO DE DALI

Sólo desde la cima de tu Alteza
pudo el artista serenar su mente
y fijar en el lienzo, eternamente,
esa imagen sin par de tu Belleza.

Arde tal poderío en tu cabeza,
pese al abatimiento de la frente
y a la derrota física aparente,
que nunca fue tan noble tu Grandeza.

Voluntario cautivo del Madero,
bajas tus ojos hacia el mundo entero
que a pesar de tu Luz, no quiere verte.

Todos de hallarte al fin estamos ciertos
pues tus brazos esperan siempre abiertos
para darnos la vida con tu Muerte.

EL PASO DEL TIEMPO

¿Oyes el paso del tiempo?
Sí, él es el único que no cesa. Tú sientes la impresión
del movimiento. Pero no: estás quieto
como un árbol, mientras el tiempo
—como un viento con uñas—
se desliza y te lima el costado.

No hay nada que detenga tu caída constante.
Tú tratas de asirte
—náufrago del instante— al recuerdo.
¡Pero en vano!: la vida no es lo que ya dejaste
atrás, sino el futuro. Ni siquiera el presente existe.

Ah, ¡si Dios te escuchara! Si te diera
un trozo de tiempo que no fuera pasado,
presente ni futuro, sino una pequeña eternidad
tomada de la Suya...

Pero no ¿tú qué harías
—gran dilapidador de horas—
con ese nuevo tiempo detenido en el tiempo,
tú, —máscara de lo efímero— con tu signo de muerte
como un hierro, en la frente?...

EL CRISTO DE SAN PLACIDO

Nunca te vi tan libre, Jesús mío,
ni en tan dóciles clavos prisionero.
Tu cuerpo —flor divina del madero—
le da a la muerte vida y poderío.

No estás clavado al árbol duro y frío
sino que lo sostienes, volandero.
Sumida está en un sueño pasajero
la cabeza, delicia del rocío.

Baja en olas de sangre, de la frente,
tu cabello que el rostro transparente
oculta casi a la mirada herida.

Y el hombre espera al pie de tu Calvario
que despiertes del sueño milenario
para trocar su muerte por tu Vida.

CANTO A BOYACA

I - La tierra y la raza

Pasando ya el umbral de la prehistoria
llegamos a esta tierra prometida
y nos dan su saludo la papa, que se asoma
al cielo por la móvil ventana de su flor;
el maíz ancestral
que en su mazorca mezcla las savias subterráneas;
el trigo con su espiga que recuerda
el milagro del Pan; el eucalipto,
surtidor de perfumes; el sauz
que lleva de la mano por el campo a los ríos,
y —cortando parcelas con sus lanzas— el fique.

Nos dan la bienvenida con sus manos de almíbar
el durazno, la pera, la manzana
y la ciruela. Desde la distancia
—como un eco de España— nos miran los olivos,
y nos envía —presa entre la niebla—
sus brisas la laguna que sueña con naufragios.
Y más allá, lejanos,
perdidos en el mito, los llanos nos reclaman
con su vaho caliente de sol y pajonales,
con sus ríos salvajes y sus ilimitadas
sabanas que semejan un lago sin orillas.

Allá en la mina agreste y prohibida
está el hombre que extrae de la roca
la luz del mar dormido en la esmeralda,
y regresa a la tarde con la noche en sus manos.
Y aquí su hermano, cual calcomanía
prendido a su paisaje, con su cara
que recuerda el oriente primigenio,
esculpiendo —lo mismo que hace siglos los muiscas—
con sus manos el barro; tejiendo en los telares;
haciendo germinar los surcos milenarios
con el sudor de su cansada frente
y creando milagros con el mimbre.

Este hombre es apenas
un vegetal cuyas raíces bajan
a lo más hondo de la madre tierra.
A su lado el caballo lleva sobre su lomo
el agua, como un cauce viviente. Y el cordero
se bebe en el rocío de la hierba
una lejana estrella desvelada.
(En un recodo del camino, a solas,
un "Platero" medita mientras cae la lluvia).

II - El hombre del futuro

Y a nuestro lado surge
la raza nueva. El hombre que antes era
sembrador o alfarero, hoy ha trocado
el surco por la roca, el fruto y la semilla
por el acero; las doradas mieses
por el carbón y el hierro; los telares
por el hollín y el fuego,
y penetra a la tierra como un buzo
a buscar en su entraña la semilla
creadora de la industria.

Este es el hombre del progreso. Surgen
de sus manos callosas el hierro y el carbón
que unidos en la entraña misteriosa del fuego
germinan el futuro en el acero.

¡Loor a esta comarca virgiliana
donde crecen a un tiempo la máquina y la espiga
y surgen a la par el riel y la amapola,
el alambre y el trigo!

¡Loor a la aventura creadora
de estos audaces seres mitológicos
—hechos de barro como sus vasijas—
que en pacífica guerra han derrotado
a las huestes sin fin de la miseria!

Saludemos con júbilo
desde el que fuera Imperio del Sol, al nuevo imperio
del acero. ¡La raza conquistada
surge de su ceniza, y se convierte
en la Conquistadora del Mañana!

BREVE CANTO A BOLIVAR

De pie sobre tu América, corazón de la tierra,
comarca levantada
sobre su pedestal de los Andes. Quimera
del ignorado mapa
de tus sueños, yo digo tu verdad sin fronteras.
Hombre-océano, hoguera inextinguible, alzada

en lo alto de la gloria.
Nube y relámpago, seguido por los dioses avanza
con pies alados sobre las cumbres de la historia.
Como bandera humana
tu recuerdo en el cielo de los héroes flota.

De pie sobre tu América
rodeada como un talle por sus mares, palpada
con líquidos deseos por sus ríos, levanto
tu nombre como espada
sobre los cinco pueblos que libertó su mano,
mientras en todo el mundo resuenan tus hazañas.

Oigo correr tu sangre por los ríos de América
padre inmenso que duermes en brazos de la fama
tu sueño desvelado.

Luchador y poeta, héroe sin morada,
no te fijo en la tierra del hombre sitio exacto
porque el mundo es tu patria.

De pie sobre tu América
espuma de dos mares, azucena arrancada
al tallo del oprobio por tu genio, te alabo
sol de la Libertad, que alternas con la espada
el lírico mensaje y el ademán preclaro.

De pie en esta comarca, hija de tus ensueños,
yo te canto en palabras
hondas como su tierra, claras como su cielo,
a ti, estrella asomada
a la noche de América!

LUCHA DEL HOMBRE CON LA POESIA

Te me ofreces en fuga, como el río.
Cual la rosa, me entregas un momento
tu eternidad. Tu chorro a veces siento
pero me dejas solo tu rocío.

Lucho con tu invisible poderío
a la vez con angustia y ardimiento:
al final me derrotas con tu aliento
y me sumes en hondo desvarío.

Náufrago de mi sangre, me rescatas
con tus manos de niebla, mas me atas
luego, entre tus prisiones sin cerrojos.

En vano por el sueño yo te sigo
pues cuando más de cerca te persigo
¡ciegas —ángel de luz— mis pobres ojos!

LA CATEDRAL SUMERGIDA DE ZIPAQUIRA

Milagro de armonía y de equilibrio,
te soñaron la sal y la marmaja,
y el indio te acunó amorosamente
presintiendo tu forma ya cercana.

Manos fuertes de anónimos obreros
te fueron rescatando de la sombra
y labraron la entraña de la tierra
hasta encontrar tu verdadera forma.

Flor que en la ciega mina te levantas
con tu tallo labrado por los siglos,
tu sal —mar congelado— es como incienso
y brillan tus paredes como cirios.

El oleaje inmóvil de la roca
procura, inútilmente, tu naufragio:
las voces que florecen en tu ámbito
te sostienen a flote, como brazos.

En vano olas de sal, eternamente
asedian tu callada fortaleza:
tú opones a su ataque soterrado
la Cruz que en lo alto de tu proa llevas.

Sumergida en lo hondo de la tierra,
eres fuente de luz y eterna cima,
y el aroma salobre que te envuelve
al llegar a tu Altar, se dulcifica!

EL ASESINADO EN LA SOMBRA

Soy el que asesinaron en la sombra.
La muerte se ha tenido
a lo largo y lo ancho de mi cuerpo.
Soy más oscuro que la noche. Peso
cada vez menos, y en la tierra ocupó
un espacio ignorado.
más ignorado que mi propia muerte.

Soy el que asesinaron en la sombra.
Nadie sabe mi nombre. Hasta yo lo he olvidado.

Nunca tendré una flor sobre mi tumba
porque no tengo tierra
ni siquiera la mínima para albergar mis huesos.
Nadie llora mi muerte
porque a nadie le importa si he vivido.

Soy el que asesinaron en la sombra.
Las campanas no doblan por mi muerte
pues la ignoran. No he sido ni soy nadie
y no tengo una lápida
ni un nombre en ella escrito
porque si un nombre tuve, se ha borrado.

Soy el que asesinaron en la sombra.
Mi muerte ha sido anónima al igual que mi vida.
Nadie me llama, pues no oigo. Nadie
me busca entre los pliegues de la tierra
pues a nadie intereso. (Solo Dios me conoce).

Y en tanto mis cenizas se reintegran al campo
y me convierto en savia,
me olvido de mí mismo y olvido que he vivido
porque en el mundo fui tan solamente
uno que asesinaron en la sombra.

NUEVO SONETO A LA ROSA

Sube del seno de la tierra oscura
y nace en su botón la primavera.
Es savia —vuelta forma— de la era
y espejo puro de la arquitectura.

Su universo en que nace la tersura
refleja de la muerte la carrera
a cambio de su vida pasajera
tiene la eternidad de su hermosura.

Todas las formas en su ser confluyen,
las vanidades nacen y concluyen
en su existencia que marchita el día.

Ella sabe que el aire que es su fosa
la llevará a vivir en otra rosa
para inmortalizar la poesía.

BALADA

Eres —igual que el agua— espejo sin saberlo.
Comienza en tí mi vida como el día en el alba.
Eres la humana cumbre donde nacen mis sueños.
Estás llena de música lejana como un arpa.

Corre hacia tí mi voz como hacia el mar los ríos.
En tu presencia el aire, conmovido, se azula.
Como el aroma vive de la flor que enaltece
mi poesía existe por tu clara hermosura.

Recordando tu boca —mirador de tu sangre—
colma el rojo la piel tersa de la manzana.
La nieve que sostiene la belleza del lirio
aviva su blancura cuando siente que pasas.

Igual que el río corre sin esfuerzo, tu vida
se desliza callada por su cauce de ensueño.
Por tí sube a la cima del corazón mi sangre.
¡Flota como bandera tu nombre por el cielo!

BREVE CANCION

Mi corazón estaba sin tí, clara doncella
como un árbol sin pájaros o un jardín sin rocío,
como el agua sin peces,
igual que la mirada de una pupila ciega.

Antes de que llegaras ya mi voz te cantaba
y el corazón —pequeño surtidor de mi sangre—
te presentía, temblando por su dicha cercana.

Hoy te llevo a mi lado
frágil como un suspiro, leve igual que una espiga,
y es tan mía tu vida como el árbol del ave,
el jardín del rocío,
el agua de los peces, la luz de la pupila.

Eres —como una lámpara— toda luz y ternura.
Es tu vida tan diáfana, que sólo se evidencia
por tu voz —leve música que tu garganta azula—.

Cuando dejo de verte sé que existes, mirando
la estrella que se enciende cuando a solas me piensas.

CARTAGENA DE INDIAS

De noble piedra —espuma congelada—
surgiste, como Venus de las olas.
Hechizado, el océano te canta
y rodea tu cuerpo —fiel amante—
con la caricia eterna de sus aguas
que sueñan a su imagen modelarte.

Te apoyas en los siglos con la gracia
de un antiguo navío, y a la noche
te haces ligera y dúctil: levas anclas
y navegas el mar de tus leyendas.
(Pedro Claver por tus callejas pasa
como el primer libertador de América).

Entre un rumor de preces y de espadas
surges, y en el milagro de tu cielo
se hacen sutil encaje tus murallas.
Estás hecha de fuego y de heroísmo
y en la perenne herida de tu rada,
—abierta por la mano de Bolívar—
se oye latir el pulso de la Patria!

PALABRAS DESDE EL MAR

Estoy solo en la isla móvil de tu recuerdo
rodeado por las olas de la mar de tu ausencia.
Mi única compañía es el alto lucero
que tú —lejana— miras, y yo contemplo ahora
mientras me habla de tí con voz cálida el viento.

Contemplo el mar, y sólo me duele que la ausencia
me prive de tus ojos para saber mirarlo.
Recordarte es sentirse más solo y más pequeño,
anhelar más tus manos, ver todo desolado
y descubrir, de pronto,
que tu ausencia es un modo de amar más tu presencia.

Eres una verdad formada por mis sueños.
La belleza del mar me recuerda tu nombre,
sus olas tus cabellos,
su música tu voz que la distancia esconde,
su misterio tus ojos, y sus azules aguas
la tranquila bahía de tus brazos, que acogen
mi amor entre tu alma como en seguro puerto!

ESTO ES AMAR

Ver el agua y la nube con ojos diferentes.
Recordar un perfume como si fuera un sitio.
Vivir en una hora todo el tiempo futuro.
Ver pasar a lo lejos la vida como un río.

Escribir cosas vagas que los otros no entienden.
Comprender la belleza de las cosas pequeñas.
Amar la poesía sin saber su misterio.
Desvelarse en la noche por contar las estrellas.

Ver, como un alto espejo de la tierra, a la luna.
Hablar a solas. Nunca saber la hora exacta.
Conmoverse en el campo por la flor escondida,
por el agua que corre, por la nube que pasa.

Mirar las golondrinas con los ojos del sueño.
Conversar con los niños y entender sus palabras.
Ver el mar como un sitio familiar y pequeño.
Y sentir —temeroso como un pájaro herido—
en la rama del pecho temblando el corazón!

LA LUZ

El cielo empieza a abrir su conmovida rosa:
es la luz que palpando la tierra ya descendiendo,
descubriendo los prados, el árbol, los jardines,
retocando el paisaje con delgados pinceles.

Es la luz que despierta de su sueño a los lirios
y da al agua callada su fina transparencia.
Es la luz que se vierte como lluvia invisible
y hace vibrar las cosas con su clara presencia.

Es la luz que en puntillas se acerca hasta la rosa
y dibuja su frágil hermosura liviana.
Es la luz que se entrega temblorosa al diamante
y sueña con el mar en la dulce esmeralda.

Es la luz inefable que cabe en el rocío,
en el cielo infinito y en la absorta pupila.
Es la luz que se mece en la estrella y la lágrima,
en la escondida hierba y en la delgada espiga.

Es la luz que completa la creación del mundo
y tiembla en la mirada de la mujer que amamos.
Es la luz que descansa en la tierna paloma
en la nieve impecable y en el vuelo de un pájaro!

EL AGUA

Hermana de los árboles, el agua se desliza
libre y presa en su cauce.
Con amoroso afán la sostiene la tierra
y ella va de la mano del sol a todas partes.

Pobladora del mar, del rocío y la lágrima,
vence la sed y en brazos de la flor se desvela.
Eterna pasajera, va a las nubes y vuelve
segura de su clara verdad y su riqueza.

EL FUEGO

Fugaz y eterno, el fuego levanta sus corolas,
muerte y vida a un tiempo. Surtidor de la llama,
se destruye a sí mismo
y huyendo de la tierra sube su propia escala.

Grato y temible. Amigo y enemigo del hombre.
Fuerza avasalladora. Lebrél manso en la hoguera.
Incendio asolador o tibio compañero
¡mueve a pavor o a júbilo con su sola presencia!

EL ARROYUELO

Entre yerbas y juncos
el arroyuelo viene huyendo con su carga
de peces y luceros. Un pájaro descende
a mirarse un instante en su espejo de plata.

Corre —zagal descalzo—
y en plácido remanso descansa de su prisa.
En las piedras ensaya sus canciones ligeras
y —sediento— a su lado un cántaro suspira.

LA ALDEA

La aldea es tibia y suave.
Es un pequeño oasis de amor y de recuerdos.
Al alba la despiertan las aves familiares.
La acaricia la niebla con sus lánguidos dedos.

Pequeñita y lejana, parece como si alguien
la hubiese abandonado solitaria en su valle.
Sus casas, a la noche,
tiemblan entre la sombra que vaga por sus calles.

LA MUSICA

Poesía del sonido.
Fluido celestial cayendo sobre el alma
como lluvia impalpable. País lejano y próximo
donde nacen los sueños. Océano sin playas.

Temblando en la alta cima de su armonía, escucho
su efímera belleza,
y antes que oírla, veo jardines floreciendo
en el aire en que flota su inmaterial presencia.

LA SANGRE

Tibio río sin fin en sumergido cauce
huyendo hacia la playa de una mar ignorada.
Sólo mi oído escucha de su flauta remota
la música callada.

Tiembla en su frágil rama
el corazón, abeja de sus divinas mieles.
Sustancia del amor, es el móvil espejo
del dolor y del goce, de la vida y la muerte!

EL VIENTO

Dulce lluvia invisible,
con sus ausentes alas vuela el viento callado.
Pulsa con finos dedos el arpa de los árboles
y a los jardines lleva el rocío en sus brazos.

Portador del mensaje vegetal de las flores,
esparce la escondida riqueza del aroma.
Se ciñe a la inocente redondez de las frutas
¡y hace posible el diario milagro de las rosas!

EL MAR

Una brisa salada
acaricia los mástiles y mece las palmeras.
Las olas van copiando sobre la arena tibia
mensajes de otras playas que en la distancia esperan.

El encaje sutil de la espuma se ciñe
a la costa, curvada con extraño deseo.
A lo lejos el mar sostiene el horizonte
y en sus ondas se miran, absortos, los luceros.

LA MAÑANA

Como un pájaro ciego
por entre los collados súbitamente llega
saltando la mañana. Sube el azul al cielo
y el arroyo despierta de su sueño de estrellas.

Una brisa delgada se mece en las espigas.
Pueblan el horizonte las aves de canciones.
La luz —inquieta niña—
tiembla en el agua y dora la cima de las flores.
